

empieza su vida humana, su vida en comunidad, y, por ende, su educación.»

Claro está que no hay que perder de vista que la enseñanza es una función social; y este principio a que llegan los pedagogos y la Sociología moderna, es tan evidente, como el principio de que el hombre es sociable por naturaleza. Repugna la idea de que se pueden arrendar los servicios de un maestro — dice un autor — como el trabajo de un cochero, o de un menestral. Y, desde el momento en que el hombre se educa para la Sociedad, es lógico que ésta se interese como en cosa propia, en la obra pedagógica y tenga como una de sus funciones la educación de los individuos que integran la comunidad.

No hay, pues, que perder de vista estos dos aspectos: el fin social de la educación enlazado con la enseñanza, como función social; de aquí que el Estado moderno, intervencionista, sea quien cuide de la educación y lo considere como una función tan esencial como la defensa de la nación.

El maestro, por lo tanto, no es sólo el forjador del individuo; es también, en virtud de este carácter que hemos atribuído a la educación, como el artífice de la Sociedad; de aquí que se haya dicho, expresando este concepto, «que las batallas no las ganaban los generales, sinó los maestros de escuela».

JUAN M.<sup>a</sup> XIOL



## NECROLÓGICA

Uno de los buenos alumnos de nuestra institución, Francisco Peñarrubia Ventura, ha dejado de existir en el lapso de tiempo que media entre la publicación del último número de *PSIQUIS* y el momento presente. Fué una muerte muy sentida por cuantos vivimos de cerca la actividad escolar del Colegio. Peñarrubia era un hombre, y quería sobresalir — como lo hubiera conseguido — entre sus semejantes, todos ellos muchos obreros de la fábrica y del taller. Vivía para su familia y para los estudios. Trabajaba con frenesí por bienquistarse la confianza de sus superiores y ganar unas pesetas más con que atender a la alimentación de su madre, viuda, y de sus dos hermanas enfermas. Y con todo ese trabajo que le agobiaba, aun le quedaba tiempo, después de las ocho horas de labor diarias, para dedicarse al estudio y ser el primero de la clase. Estudiaba la carrera de Perito Químico, y en todos los exámenes que había realizado obtuvo excelentes calificaciones. Le vimos enfermo de gravedad, en los exámenes del segundo año de carrera que realizó en la Escuela Industrial de Tarrasa en septiembre de 1926. ¡Y aquellos fueron los últimos que realizara! Después, aquella enfermedad cruel le llevó al sepulcro en pocas semanas.

Sus amigos hicimos cuanto nos fué dable para arrancar de las garras de la muerte aquella vida que encerraba una inteligencia y una voluntad superiores, muy superiores a las de una gran mayoría; pero todo fué inútil. La parca pudo más que nosotros y se nos llevó para siempre al amigo del alma, al joven bueno, inteligente y estudio-